

Alberto López Echevarrieta

Los "sin papeles", "menos que cero"

La historia de Bilbao está íntimamente ligada a la migración. Claro que la que tuvo lugar a principios del siglo pasado poco tuvo que ver con la problemática que existe en la actualidad con los llamados "sin papeles", gentes de otros continentes que llegan hasta nosotros escapando del hambre y de la muerte. El cine ha sido sensible con esta cuestión en varias ocasiones y curiosamente han sido directores vascos los que han incidido abiertamente en ella. No tenemos más que recordar "Las cartas de Alou", de Montxo Armendáriz; "Bwana", de Imanol Uribe; y "Menos que cero", de Ernesto Tellería.

Los "sin papeles"

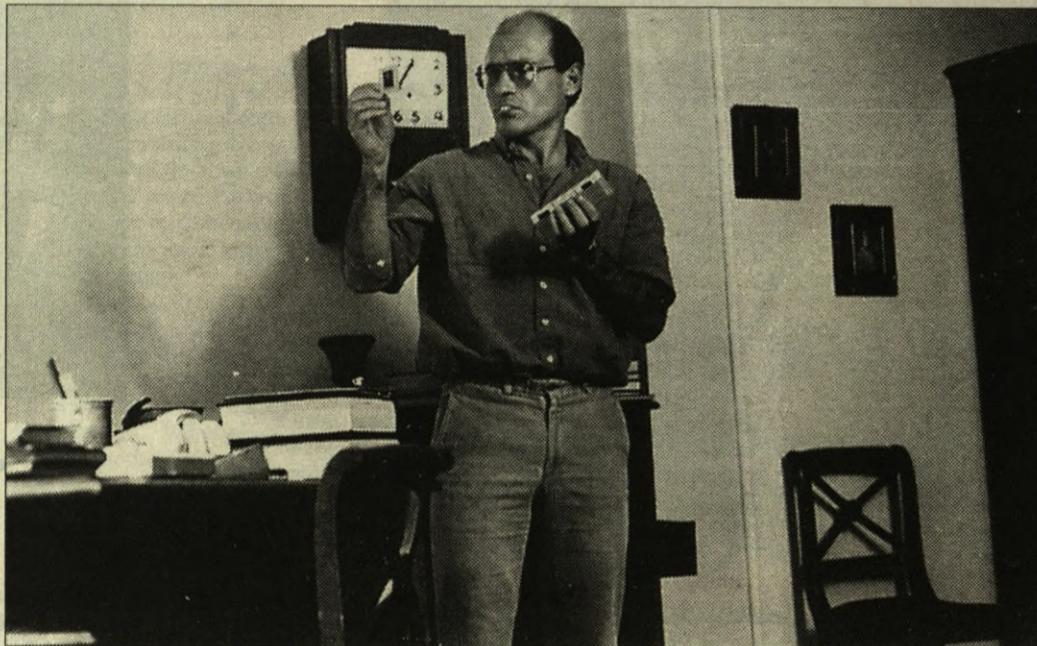
"Menos que cero" se rodó en Bilbao a finales de 1995 con un presupuesto de 130 millones de pesetas, de los que 45 fueron aportados por el Ministerio de Cultura. Es una adaptación libérrima de la novela "110.street-eko geltokia" (La estación de la calle 110) de Iñaki Zabaleta Urkiola, una de las primeras novelas de género negro escritas en euskara con la que su autor consiguió el primer premio en el concurso de cuentos "Ignacio Aldecoa".

El realizador de la película, Ernesto Tellería Errasti, nacido el 6 de marzo de 1956 en Eibar, quiso plantear desde un primer momento la utilización de los emigrantes que viven entre nosotros en la ilegalidad, sin documentos ni permiso de trabajo. Para ello tomó el cuento, ambientado en Nueva York, en las calles de Manhattan, y trasladó la historia a Bilbao convirtiéndola en una realidad directa, reflejo de lo que hoy está sucediendo a nuestro alrededor.

El cortometraje como escuela

Tras cursar en el Departamento de Estudios Cinematográficos y Audio-visuales en la Universidad de París, Tellería se vino dispuesto a hacer cine. Empezó en 1983 con el cortometraje "Kaiola" al que siguieron "...Eta Kepak ihes egin zuen" y, sobre todo, "La cita", un ejercicio en torno a los límites de la locura humana que fue acertadamente fotografiado por Galo Fernández Berridi y presentado, entre otros, al Festival Internacional de Bilbao.

Tras su primer largometraje, "Es-korpión", realizado en 1988, Tellería se embarcó en la denuncia social: "Mi película -dijo a raíz del



"La cita", dirigida por Ernesto Tellería. Fotos Ale



Carmen Elías en "Menos que cero". E. Tellería, 1996

rodaje- tiene relación con esta sociedad en la que desafortunadamente cada vez hay más gente por debajo de cero. Y el protagonista de mi película es uno de ellos. Es una persona que viene de un país del Este y está indocumentado. Eso ya supone estar por debajo de cero, porque no existes, no eres nada".

Plató urbano

Las calles de Bilbao volvieron a ver a las cámaras deslizarse por raíles y a la claqueta anunciando el rodaje de una nueva película. El Casco Viejo y la zona inmediata al Canal de Deusto fueron improvisados escenarios locales.

Tellería, adicto a la "nouvelle vague", aquella corriente cinematográfica que marcó la década de los años 60, y enamorado del cine de Ford, Ray, Renoir y Fuller, hizo una caprichosa adaptación del texto original hasta el punto de que realmente parecía que la historia había sido creada originalmente para el cine.

La historia

El guión, subvencionado por la Unión Europea, narra la aventura de Zarko, un joven emigrante ilegal de origen rumano que anda perdido por la capital vizcaína. En su continuo deambular conoce casualmente a Inés, una joven fotógrafa. Entre ambos surge una relación que para él representa la única posibilidad de salir del círculo criminal al que se ve abocado.

El equipo

Para dar vida a estos personajes, Tellería recurrió al actor eslovaco Roman Luknař, desconocido por estos pagos, y a los más próximos Irene Bau -un descubrimiento de nuestro Roberto Negro-, Carmen Elías, Txema Blasco, Ramón Agirre, Seve Díez y José Manuel Cervino en los principales papeles. "A todos ellos los tuve en mente mucho antes del rodaje, cuando preparé el guión, para que encarnaran a los tipos que aparecen en la historia", dijo el director.

Bilbao estuvo fotografiado en esta ocasión por Enri Daví y la ambientación musical corrió a cargo de un joven compositor madrileño, José Sánchez-Sanz, que hizo una interesante partitura en la que brillaron temas jazzísticos. "El jazz -comentó Tellería- consigue una serie de atmósferas que no logra otro tipo de música, y a la película le va muy bien".

"Menos que cero" se presentó en los festivales de Miami, Sao Paulo y Huelva.

La boina parabólica

Lucio Araluce

No son nuevos bajo el sol, siempre han estado ahí, aquí, junto a nosotros y dentro de nosotros, todos celamos un monstruo en la gambara, en la trastienda oscura o en los sótanos lóbregos de nuestra conciencia. Son los otros, es decir, el infierno, según el viejo aserto de Jean Paul Sartre. Pero la caja de Pandora de la televisión ha conseguido transformar el infierno de los monstruos en la carpa de un circo de payasos y freaks.

La otredad, que antes nos espantaba, ahora es un argumento

televisivo más. Las sociedades tradicionales reservaban al monstruo, que era el loco o el tonto del pueblo, un estatuto, entre condescendiente y cruel, que de alguna manera lograba inmunizarle. Ahora todo ha cambiado. Uno de los escasos comunicadores que en su día fue capaz de acercarse al suceso de los freaks con sensibilidad fue Antxon Urrusolo, pero no consiguió crear escuela.

Ahora Javier Sardá tiene hasta un especialista en la caza del

monstruo, un sujeto estirado y untuoso que hace el papel de cínico frente a su ponderado jefe. Humillar y vejar cuanto se pueda -y para eso no hay límites- al monstruo, esa es la consigna. Reírnos de las monstruosidades y las taras del monstruo, de su falta de luces y de sus alucinaciones, de su loca impostura, de su falta de estima y de su falta endémica de formación. Claro que hay monstruos educados en la universidad de Deusto o en las aulas de Oxford,

pero a esos no los sacan en la televisión. Las cámaras recorren -o mejor dicho barren- los extrarradios de las grandes ciudades, hurgan en la miseria y hozan en los contenedores de la marginalidad.

¿Hasta cuando esta moda miserable que algunos miserables pretenden avalar con referencias al mundo feliniano, un mundo al que ni por asomo han logrado acercarse? ¿Tan divertido es que alguien desconozca dónde está Afganistán, qué es el euro o para qué sirve un preservativo?

Esas entrevistas a pie de calle en donde un caricato disfrazado de reportero tribulete se pitorrea gratis de un pobre desgraciado o desgraciada que pasaba por allí, ¿has-

ta cuándo seguirán funcionando en la televisión? Bastaría una ley de defensa de la dignidad, una ley que hasta ahora parecía no escrita, pero que las televisiones llevan años vulnerando sistemáticamente.

Y luego, como siempre, un surtido de bellos programas solidarios en los que el respetable que hasta ayer se reía de los monstruos que le ofrece la tele de su país, llora lágrimas de cocodrilo frente al mundo monstruoso e injusto que nos rodea.

Los verdaderos monstruos -no nos quepa la mínima duda- somos nosotros. Si nos fijamos bien en la pantalla de la televisión, veremos reflejado nuestro rostro.

Monstruos